



José Pablo Feinmann, *La sombra de Heidegger*. Buenos Aires: Seix-Barral, 2005.

La última novela de José Pablo Feinmann aúna dos de las líneas más típicas de su producción en el terreno de la ficción. Por un lado, tiene una fuerte reminiscencia con una novela anterior, *El mandato* (2000), a partir de la historia de la relación entre un padre y un hijo, tema que también aparecía en su obra más conocida, *La astucia de la razón* (1990). Por el otro, vuelve al estilo de escritura que le es más propio, el de la disquisición filosófica. El texto está estructurado en dos partes, una más larga que corresponde al padre; otra que cierra el libro y está a cargo del hijo. Ambos personajes se ven involucrados, con diferente grado de protagonismo, en una de las mayores tragedias de la historia del siglo XX, la Alemania nacional-socialista. El padre, Dieter Müller, es profesor de filosofía durante el surgimiento del régimen nazi y uno de los discípulos más allegados del gran filósofo alemán Martin Heidegger. El hijo va a tener que hacerse cargo de una pesada herencia simbólica. Entre ambos, se interpone la figura de Heidegger. La novela escenifica los vínculos que uno de los filósofos fundamentales del pensamiento del siglo XX, establece con una de las ignominias mayores de la historia de ese siglo. Ese vínculo es el objeto de reflexión por parte de Feinmann, quien reconoce en la filosofía de Heidegger parte del fundamento sobre el cual se establecen las bases del pensamiento postmoderno, que desarrollarán luego los filósofos franceses de la deconstrucción (Deleuze, Foucault, Derrida).

La admiración de Dieter Müller por su Maestro es tan grande, que le deja a su hijo como herencia, entre otras, el nombre Martin. No va a ser la única. Martin Müller continuará con la tarea del padre como profesor de filosofía en un país lejano y periférico, la Argentina. El hijo, Martin, ya no será completamente alemán, sino el producto híbrido del cruce de estas dos culturas, la argentina y la alemana. El tercer aspecto de esta herencia va a estar corporizado en un objeto ominoso, una pistola Luger, que deberá cerrar el círculo en el que se mueven los tres personajes: el padre, el hijo y el Maestro. La Luger no es simplemente un elemento decorativo y dramático en la trama. La pistola, la Luger como cualquier otra, materializa para Feinmann la violencia, el uso de la fuerza por sobre la razón y la civilidad, como lo saben quienes han leído su ensayo *La sangre derramada* (1998). De ahí que en esta novela, por otro lado muy simple en su estructura, adquiera una presencia y un peso simbólico significativos.

Elemento de unión y de transmisión, la filosofía se encuentra omnipresente. Esto no convierte al texto de por sí en una novela filosófica. Pero sí le otorga una particular coloración, tan típica de los escritos de Feinmann. En definitiva, el tema es la relación entre las ideas y la política, entre la filosofía y la historia, cuestión que ocupa toda la escritura de Feinmann desde sus estudios



sobre el peronismo, pasando por la narrativa de ficción y ampliamente trabajada en su vasta producción ensayística. El periplo se había abierto con *La astucia de la razón*, novela en la que realizaba una fuerte crítica a la Razón Occidental, a la que en última instancia, se le achacaba cierto grado de responsabilidad en la explosión barbárica del nazismo. Había sido una concepción de la razón que tendía a generar un sistema de exclusiones y de polarizaciones irreductibles, y que se apoyaba en una concepción deshumanizada de la técnica. Una de sus consecuencias era la cosificación del Otro, y su conversión en objeto pasible de ser destruido. El camino de cosificación que emprendió el nazismo contra un grupo en particular, el pueblo judío, encontraba justificación teórica en la obra del gran Maestro alemán. El profesor de filosofía Dieter Müller deberá emprender la senda de retorno a través de una única imagen desgarrada, la foto de un hombre condenado a los campos de exterminio. Esto resume el sentido de la ficción, de convertir en figura ficcional a personajes históricos como Heidegger, Hanna Arendt, o Sartre. Lo que el relato totalizador de la filosofía expele, es la humanidad. La novela recupera esa humanidad, recurso que no sólo no rebaja a los seres históricos ya muertos, sino que reintegra la carnalidad de tantos otros anónimos, que carecen de lugar en la Historia escrita con mayúsculas. A través de una ficción, una mera construcción arbitraria configurada a partir del elemento de la foto, nos interpela la voz del Otro, el hombre raquíptico cuyo único recurso es mirar a Dieter Müller desde su absoluto vaciamiento. El Ser con mayúsculas de la filosofía, no tiene más remedio que confrontarse con ese hombre a quien se reduce a la condición de eliminable.

Feinmann vuelve a la figura de Heidegger para explorar la ambigüedad del intelectual frente a la difícil conjugación del mundo de las ideas, que va adquiriendo una dinámica autónoma, con el de la política y la historicidad. *La sombra de Heidegger* viene a cerrar una trilogía que abría con *La astucia de la razón* y se continuaba en *La crítica de las armas* (2003). Aunque se aparta en muchos aspectos de ellas, ya que abandona a su protagonista, el profesor de filosofía Pablo Epstein, por tercera vez consecutiva vuelve a la cuestión de la responsabilidad de las ideas en el acontecer político y del compromiso de la filosofía con la historia. La excelencia del intelectual no siempre se conjuga con una visión lúcida del tiempo en el que le toca vivir, tal y como lo expresa Feinmann en una frase más ingeniosa que profunda, dicha en otro contexto, pero que se refiere a esta cuestión: “Sugiero mirar a Borges como nuestro Heidegger. Genial, pero fatalmente equivocado”. La frase resume aforísticamente su opinión acerca del gran filósofo alemán, cuya obra Feinmann considera a pesar de todo como el aporte filosófico fundamental del siglo que acaba de concluir. Por eso es que la exploración de la figura de Heidegger implique para Feinmann un análisis de los desaciertos que tuvieron lugar en la historia del siglo XX, y no un simple pasatiempo estilístico. Que la revisión de un tema al parecer estrictamente europeo provenga de un escritor de la periferia, se convierte en sintomático en lo que atañe a la cuestión



Heidegger, si tenemos en cuenta que la primera impugnación al gran Maestro se originó en un trabajo de un discípulo suyo, el chileno Víctor Farías. Para Feinmann, hablar de Heidegger es referirse una vez más al eurocentrismo en el pensamiento filosófico, a un tipo de pensamiento que se erigió como único, excluyente, universal. En ese sentido, aunque el escenario y los personajes de *La sombra de Heidegger* se alejen de las otras dos obras de la trilogía, en realidad cabe analizar a las tres como una unidad. Se constata que ha sido Europa, en tanto que centro irradiante de la cultura que dio en llamarse Occidental, quien ha sentado las bases para un sistema de exclusiones. El pensamiento ha sido cómplice de la política, y en ese sentido la obra de Heidegger es el corolario de un periplo abierto por la filosofía de la Modernidad, pasando por Hegel, otro de los momentos álgidos que suele ser deconstruido desde el pensamiento latinoamericano y desde una filosofía intercultural. Por eso, aunque esta novela no mencione la cuestión de la filosofía latinoamericana como sí hace *La astucia de la razón*, reúne las líneas de un sistema en donde las ideas fluyen, el de la obra total de Feinmann, que merece ser leída como un todo, más allá de los géneros escogidos en cada ocasión. Este corpus entiende al pensamiento como inseparable de la acción o viceversa, pero sobre todo como no siempre identificado con la civilización. A veces, la filosofía puede ser compañera de la barbarie.

María José Punte